

A person is lying on their back on a sandy beach. They are wearing a patterned bikini top and dark pants. Their legs are bent and raised in the air. The background is out of focus, showing other people and buildings. The entire image has a teal-to-purple color gradient.

NATALIA OLMEDO

7 THINGS

Título: 7 Things

© 2019, Natalia Olmedo.

De la edición y maquetación: 2019, Roma García y Natalia Olmedo.

De la composición de la cubierta: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A mi Ari particular,
por estar en el proceso
y en el resultado.*

PRÓLOGO

¿Te imaginas vivir tu vida en canciones?

Escucharlas y destripar la letra, analizarla para quedarte con las frases que más te gustan o almacenarlas como la banda sonora de tus recuerdos favoritos en tu cabeza para los restos.

Elas no se adaptan a ti, son simples canciones que no se pueden modificar, así que eres tú quien se adapta a ellas.

Y las atrapas para introducirlas en tu vida, en cada momento único del cual seas protagonista.

Se convierten en tu realidad o, más bien, es una forma de contemplar tu vida.

Y, ahora... ¿Te imaginas revelarte contra todo tu mundo por amor propio?

Es como plantarte frente a tu casa con una granada en cada mano, decidida a lanzarlas para derribar cada cimiento entre explosiones y humo.

Romperlo todo y romperte de paso a ti, para reconstruir un nuevo entorno y volver a formar tu persona.

Así utiliza las canciones la protagonista de esta historia, bien como complemento de su vida, bien como una vía de escape para poder soportar la presión.

Así rompió cada cimiento, cada pared, cada pensamiento y cada premisa de su alrededor.

1.

*Te lo tenía que decir: estás dura.
Daddy Yankee-Dura*

—¿No nos robarán el bolso, verdad? —le preguntó Tefi a Ari en la puerta de la discoteca.

Estaba nerviosa, Tefi siempre se ponía nerviosa en ese tipo de situaciones.

En aquel bolso llevaban la ropa que se habían puesto al salir de casa, la cual habían intercambiado por la que llevaban en ese momento en el portal del edificio donde vivían, en el cuarto de los cubos de basura, donde se había quedado el famoso bolso, esperando a que volvieran.

La discoteca *Penélope*, en Benidorm, Alicante, era la predilecta de ambas.

Y lo tenían todo planeado, como cada vez que salían.

Ambas venían de una familia pudiente, bastante adinerada, en la que las salidas a discotecas de “mala muerte”, como las llamaban los padres de las dos amigas, no eran santo de devoción de estos.

Veían mejor más bien los actos sociales, los cócteles a los que otras familias de la misma índole que tenían negocios en común asistían con sus hijos, casi todos pertenecientes al mismo instituto privado en el que estudiaban ellas.

Ari odiaba ese tipo de eventos. Reinaba en ellos la hipocresía y las apariencias y siempre intentaba evitarlos, pero sus padres nunca sucumbían a tales peticiones.

Tefi, sin embargo, tragaba más con aquello. Tefi era la sensata de las dos, la que tenía esos dos dedos de frente para evitar todo aquello que las pudiera comprometer o darles una mala imagen.

Pero le gustaba ir a la *Penélope* con su mejor amiga.

Allí no había hipocresía, ni falsedad, ni tampoco etiquetas. Y, lo más importante, allí no había padres que se encargasen de que cumpliera el protocolo y los buenos modos a la perfección.

Y, aunque Ari a veces tenía que convencerla para contar una mentirijilla a sus padres para poder ir a aquella discoteca, Tefi siempre acababa sucumbiendo, porque sabía que se lo pasaría bien.

Y siempre seguían el mismo patrón, siempre el mismo plan establecido.

Quedaban para estudiar en casa de alguna compañera de clase o iban a la biblioteca.

Incluso alguna vez ambas habían puesto la misma excusa de ir a dormir a casa de la otra para poder ir a bailar sobre las tarimas de la Penélope.

Y allí estaban, en la puerta de la discoteca, ambas vestidas de punta en blanco con vestidos ajustados y zapatos de tacón que guardaron en aquel bolso para cambiarse.

La cola para entrar avanzaba bastante rápido y por fin tuvieron delante al portero que custodiaba la entrada a la discoteca.

Les pidió a ambas el DNI y las instó a pasar.

Se adentraron en la discoteca y el calor las embriagó.

La música retumbaba en los altavoces y las luces de neón les iluminaron la cara.

Se acercaron a una de las barras y vieron a Sara, quien estaba preparando un cóctel para unos clientes.

—¡Hola, guapas!—las saludó mientras agitaba la coctelera.

Sara, que ya las conocía y tenía cinco años más que ellas, unos veintitrés, en terminar de servir el cóctel, les puso las bebidas que le pidieron: un ron con cola para Tefi y Malibú con piña para Ari.

Se adentraron en la pista con los vasos en la mano y comenzaron a bailar.

Entonces sonó. Se trataba de una de las canciones preferidas de Ari: *Dura* de Daddy Yankee.

Estás dura, mira como brilla tu piel.

Estás dura, yo te doy un veinte de diez.

Estás dura, dura, dura.

No había nada mejor que bailar en tu discoteca favorita con tu mejor amiga y aquel pensamiento era el que siempre les venía a la cabeza cuando lo daban todo en la pista de baile de la Penélope.

Se sentían bien, guapas, libres.

Sin nadie que les dijese que bajo ningún concepto podían salirse del protocolo, sin patrones establecidos.

Se reían, se tambaleaban y hasta el pelo se les despeinaba.

—¿Pedimos otra? —le preguntó Tefi a Ari cuando ya llevaban dos copas.

—¡Claro, vamos!

Y, entre risas, se abrieron paso entre la gente para llegar hasta la barra donde se encontraba Sara.

Ari se miró un momento el zapato, pues le parecía que el tacón le resbalaba y, de repente, chocó con algo duro.

—Vaya... lo siento, lo siento mucho, iba mirando mi tacón y...

Levantó la cabeza y se encontró con sus ojos. Eran grandes, verdes, intensos.

—No pasa nada, guapa —le dijo al tiempo que sonreía y la cogía de la cintura. —Tengo que seguir, pásalo bien.

Y el chico siguió su camino, manteniendo aquella mano en la cintura de Ari todo el tiempo que le fue capaz.

—¿Has visto ese tío? —le preguntó a Tefi con la boca abierta.

—Es un relaciones públicas, llevaba la acreditación —le explicó su amiga.

Ella asintió, precisamente no se estaba fijando en su acreditación, sino en aquella cara de niño malo con ojos verdes.

Se pidieron otra copa, y luego otra más, y otra y, así, hasta que faltaron dos horas para que la discoteca cerrase y tener que coger el TRAM que las llevaría de vuelta a Alicante centro.

Y desfasaron en la pista de baile, moviendo las caderas, riendo, segregando aquella hormona de la felicidad que ninguna se acordaba de cómo se llamaba.

—¿De verdad no te acuerdas de cómo se llama la hormona esa? —le preguntó Ari a Tefi de camino a la parada de TRAM.

—Ya te he dicho que no —le dijo entre risas.

—¿De qué te ríes?

—¿Te acuerdas...? —y se volvió a reír. —¿Te acuerdas cuando...?

Pero Tefi no podía acabar la frase, siempre se partía de risa antes de conseguirlo.

Ari se contagió de sus carcajadas y también se puso a reír.

Se sentaron en la parada de TRAM y esperaron acompañadas de la multitud de gente que también se despedía de una noche increíble en la Penélope.

No tardó en llegar y se adentraron rápidamente para poder pillar un par de asientos.

Benditos asientos en los que poder descalzarse de los zapatos de tacón.

2.

Soy yo el que te va a llevar.
Funzo ft Baby Loud - Nosalio

Rodrigo, uno de los chicos de relaciones públicas de la discoteca, comenzó a poner orden en una de las barras, pues esas labores se las pagaban como horas extra.

Concentrado en su tarea, se percató de que había más movimiento de lo normal en la pista de baile.

Forzó la vista entre los colores de las luces de neón y comprobó que se trataba de una pelea.

—¡Eh! —gritó saliendo de detrás de la barra y adentrándose al tiempo en la pista de baile, aunque sabía que su voz no iba a ser escuchada con la música tan alta.

Se acercó a los dos chicos que se pegaban a puñetazo limpio y, entre él y unos cuantos chicos más que, seguramente fueran acompañantes de los dos que se estaban peleando, consiguieron separarlos.

Rodrigo apretó su mano más fuerte alrededor del brazo del que había conseguido alejar de su oponente.

—Las peleas en la calle —le dijo muy serio.

—¿Acaso eres el dueño del local?

—No, pero trabajo aquí y una de mis responsabilidades es que no haya gente como tú espantando a la clientela.

—¿Me estás echando?

—Acabas de romperle la nariz a un tío, chaval. Por supuesto que te estoy echando.

—Eso no me lo dices en la calle.

Rodrigo soltó una risita de suficiencia.

—No digas tonterías... —le dijo al tiempo que le empujaba hacia la salida.

—No me aprietes.

—Te aprieto para asegurarme de que vas a salir por esta puerta —le dijo mientras abría la puerta de salida.

—Eres un maricón.

—No me calientes, solo hago mi trabajo. Ya puedes pegarte con...

Pero no le dio tiempo a terminar la frase, un puñetazo le impactó en el pómulo derecho.

—¿Pero tú de qué vas, chaval?!

—Te lo has buscado —le dijo el chico.

—No te pego porque... —le dijo entre dientes, cabeza con cabeza.

—No me pegas porque eres un maricón —le contestó el chico, después escupió en el suelo.

Llevaba el labio roto y distintos golpes por la cara de la pelea anterior.

Rodrigo no aguantó que le insultara por segunda vez, sabía que estaba en horario de trabajo y que no debía mezclarse en peleas, y mucho menos pelearse con ningún cliente, aunque fuese insufrible como aquel.

Le pegó un directo en la nariz que le hizo sangrar y el chico cayó al suelo cubriéndose la cara con las manos.

Pronto se disipó el corro de curiosos que se había formado a su alrededor y Rodrigo volvió a su puesto de trabajo tocándose la mano. Le había dado fuerte, seguro que le había partido la nariz.

Quiso quitarle importancia, ningún compañero le había visto y aquel idiota iba tan borracho que seguramente no se acordaría al día siguiente de quién le había golpeado.

Cuando terminó su trabajo, emprendió el camino hacia la parada de TRAM junto a sus compañeros, no sin antes haberse bebido unos cuantos chupitos junto a ellos tras la barra de la discoteca.

Aquella costumbre nunca la dejaban de lado tras terminar la jornada laboral.

Entraron dentro del transporte público a trompicones, pues había mucha gente, y se hicieron hueco como pudieron.

Cuando los vagones se fueron vaciando de gente que no paraba de bajar en cada parada, alguno de sus compañeros pudo sentarse en un asiento.

Entonces la reconoció, con la mirada posada en ella, escuchando de fondo las voces de sus amigos, quienes muy animados hablaban alto y ponían alguna que otra canción en su teléfono móvil.

NoSalió de Funzo y Baby Loud.

*Ella me lo mueve, me lo mueve, me lo mueve.
Me muerde la boca, no quiere bailar...*

Era ella, la chica que se había chocado con él y que tenía la mirada azul más bonita que había visto nunca. Se había quitado los zapatos de tacón.

*Se pone a bailar, quiere disfrutar esta noche y yo soy el
que te va a llevar...*

*Una botella de ron, un paquete de Marlboro, palmeras y
una playa pa' que tenga de todo.*

Morada, morado y el verde a mi lado.

El rojo del atardecer...

Iba mirándose un tacón sin tener la vista al frente cuando se chocó con él.

Se disculpó y él la cogió de la cintura quitándole importancia a aquel choque.

Y mantuvo su mano en la tela de su vestido todo el tiempo que le fue capaz.

Ari, quien estaba escuchando la letra de la canción que aquellos chicos habían puesto en voz alta, se fijó en los ojos verdes que la miraban.

Era él. El relaciones públicas de la Penélope. Bajo el efecto de las luces de neón y la música de la discoteca le había parecido guapo, pero en ese momento, con la luz blanca que alumbraba el vagón en el que iban, le robaba el aliento.

Sí, era él. El que había dejado una corriente eléctrica en su cintura después de tocarla.

El que había sido agradable con ella.

Era él y la estaba mirando.

Tenía un pómulo magullado y aún así la extasiaba.

La voz de Tefi cortó la conexión que las pupilas de ambos mantenían.

—¿Sabes algo de Lalo?

—¿Qué?

—Lalo.

—¿Qué le pasa?

—Que si te ha llamado o algo.

—A mi no. ¿A ti?

—Tampoco.

—Iba a la Penélope también, ¿verdad?

—Eso me dijo... —le contestó Ari rezando para que su amiga se callara y la dejase hundirse de nuevo en aquella mirada.

Pero Rodrigo ya no estaba concentrado en ella como un momento antes, sino que se había acercado un poco más a sus amigos, quienes estaban apostando quién de todos aguantaba más colgado de una de las barras de arriba del vagón.

Rodrigo se reía y Ari se deleitaba en su risa.

No sabía si era por los efectos del alcohol, que todavía la afectaban, pero aquel chico tenía un magnetismo que hacía que no pudiese dejar de mirarle.

Rodrigo se colgó de la barra y Ari admiró los músculos de su espalda y sus brazos. Tensos, torneados, perfectamente marcados bajo aquella camiseta de manga corta en la que estaba estampado el logo de la discoteca en la parte delantera.

Ya vuelvo a caer otra vez...

*Brindamos gritando por el destino, que te llevó anoche
a perrear conmigo...*

Quizá sí fuera el destino. O no, pero Ari y Rodrigo se bajaron en la misma parada una vez hicieron el transbordo en Alicante centro para coger el último TRAM a San Vicente del Raspeig, donde ambos vivían.

Si bien, Ari en una de las urbanizaciones más emblemáticas y caras, y Rodrigo en un piso compartido con uno de sus compañeros de trabajo y, también mejor amigo, de uno de los barrios más antiguos del pueblo.

Tefi y Ari volvieron a ponerse los zapatos de tacón y activaron el botón para que las puertas se abriesen.

Rodrigo y sus amigos salieron después de ellas y a Ari se le cayó al suelo su bolso de mano.

Los rayos de sol mortecinos típicos del amanecer iluminaron levemente las calles.

—Creo que esto es tuyo...—le dijo Rodrigo tendiéndole aquel pequeño bolsito de mano de marca cara.

Tefi abrió mucho los ojos y Ari sonrió.

—Gracias, soy un desastre.

Rodrigo sonrió como un idiota.

Aquella chica era preciosa y nadie podía decir que no.

—Eres un desastre precioso, entonces —le dijo sin pensarlo.

Ari se ruborizó levemente y se mordió el labio inferior.

—Hasta luego —le dijo Rodrigo.

—Espera.

Rodrigo se dio la vuelta nada más escuchar su voz.

—¿Tienes un cigarro?

—Claro.

El chico metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un paquete de cigarrillos.

Le tendió uno a Ari bajo la mirada reprobatoria de Tefi y, al tenderle segundos después el mechero, se rozaron con los dedos.

Otra vez aquella corriente de electricidad.

Rodrigo contempló cómo le dio la primera calada y tiró el humo lentamente.

—Gracias, eh...

—Rodrigo.

—Ariadna, encantada —le dijo tendiéndole la mano.

Pero Rodrigo no se contentó con un gesto tan cordial, demasiado para su gusto.

Se acercó y le dio dos besos, inhalando el aroma de su perfume, dulzón e intenso al mismo tiempo. Ahora ya sabía cuál era su aroma favorito. El de Ariadna.

3.

Next to you, the sky is more blue.

Miley Cyrus - Malibú

—¿Pero tú estás loca? —le regañó Tefi a su amiga.

—¿Yo? ¿Por qué? —le respondió esta en lo que se terminaba de fumar el cigarrillo.

Caminaban por las calles de San Vicente hasta llegar a la urbanización, pues a parte de tener una amistad inseparable, eran vecinas.

—¿De qué le conoces?

—¿A quién? —se hizo Ari la tonta.

—¿A quién va a ser? ¡Al chico ese!

—¿Rodrigo?

—¿Ya le llamas por su nombre?

Ari se encogió de hombros.

—De nada, de esta noche.

—No ha pasado nada entre los dos, has estado todo el tiempo conmigo —quiso asegurar Tefi, como si pensase que el alcohol les había afectado tanto que había podido perder a su mejor amiga de vista en algún momento.

—Pues claro que he estado todo el tiempo contigo y, claro que no ha pasado nada entre los dos, si a penas le conozco...

—¡Pues por eso!

—Tefi, ¿Quieres relajarte?

—Es que no sé en qué piensas...

—¿Acaso he hecho algo malo?

—Pedirle un cigarrillo a un extraño que, por cierto, podría haberte robado el bolsito.

Ari puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—¡Porque es lo que hace esa gente!